

El Concilio Vaticano II

Luciano Lanare¹

Hace medio siglo, un largo desfile de obispos, cardenales y clérigos cruzó la plaza de San Pedro, guiados por la silla gestatoria que mantenía en vilo al Papa Juan XXIII, quien en enero de **1959** tomó a todos por sorpresa anunciando la convocatoria de la asamblea mundial que cambió para siempre a la Iglesia Católica.

El Pontífice –a través de sus encíclicas- propuso acercar la Iglesia a los problemas sociales y económicos que vivía un mundo convulsionado, entre otras cosas, por las luchas ideológicas que surgieron en torno a la llamada Guerra Fría.

Quizá desde el nacimiento de su doctrina, la Iglesia Católica, nunca había tratado de convertir en herramienta pragmática el espíritu del mensaje que figura en su principal cuerpo doctrinal, la biblia. La “cara social” de esta institución milenaria buscaba entonces, convertirse en el vértice de su reacomodamiento en un mundo que no era para nada pacífico e ideal. Como un simple, pero relevante, ejemplo de lo que este Concilio intentaba llevar adelante, sirve citar un mensaje radial difundido pocos días antes de iniciarse el mismo, Juan XXIII decía que “frente a los países subdesarrollados, es decir, frente a la pobreza en el mundo, la Iglesia es y quiere ser una realidad germinal y un proyecto, la Iglesia de todos y, particularmente, la Iglesia de los pobres”.

La iniciativa -que reformó radicalmente la Iglesia Católica- fue discutida a lo largo de cuatro sesiones, una por año, de cuatro meses cada una, entre **1962** y **1965**. Producto de ello se aprobaron cuatro constituciones, nueve decretos y tres declaraciones. Los cambios más significativos fueron los siguientes...

- a) La virtual carta magna del concilio fue la *Lumen Gentium*, que rescató la importancia de los laicos católicos, en un intento de empujar a la Iglesia al mundo moderno, sacándola de su encierro ancestral.
- b) La Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la práctica litúrgica revolucionó a la iglesia, al permitir la lectura de la misa en las lenguas nacionales, abandonando el uso del latín y modificando la postura del sacerdote que hasta entonces daba la espalda a sus

¹ Coordinador del Departamento de Historia de las Relaciones Internacionales, IRI - UNLP

fieles durante la ceremonia. . El sacerdote en la misa dejó de dar la espalda a los fieles y hablar en latín. Las lecturas pasaron a las lenguas nacionales. El sucesor de Juan XXIII, Pablo VI, llevó a la generalización el uso de las lenguas nacionales a otros sacramentos.

c) La *Constitución Dei Verbum*, autorizó la traducción en las lenguas nacionales. Desde el Concilio de Trento en el siglo XVI, en plena Contrarreforma, el texto bíblico fue condenado al latín como reacción a la apertura a las lenguas nacionales que era parte de las propuestas del protestante Martín Lutero.

d) La *Constitución Gaudim et Spes*, sobre el mundo contemporáneo, abrió la iglesia a un intercambio cultural con el mundo. La Iglesia se planteaba ahí el compromiso de lucha por la paz, la justicia, la ciencia y las libertades fundamentales.

e) La declaración *Nostra Aetate y Dignitatis Huamanae* reivindicó el principio de la libertad religiosa. A los judíos se les reconoció como lo que Juan Pablo II llamó después “nuestro hermanos mayores”, liberándolos así de la acusación de deicidio de Cristo poniendo fin al antisemitismo teológico.

Pero lo más importante fue introducir la llamada “centralidad de los pobres” en el discurso y, pretendidamente, en la práctica de la Iglesia. Uno de los documentos más importantes del Concilio, *Gaudium et spes* (Gozo y esperanza), comienza afirmando que “los gozos y las esperanzas de este mundo, sobre todo de los más pobres, son los gozos y las esperanzas de los discípulos de Cristo”.

Los intelectuales de la Iglesia aseguran que el Concilio “cambió la forma de hacer teología” (entendida como la reflexión cristiana sobre la práctica) porque reconoció la autonomía de la cultura, de las ciencias humanas y sociales respecto de la religión y, al mismo tiempo, dio libertad para investigar, pensar y expresarse en términos teológicos. También porque el pensamiento teológico dejó de ser exclusividad del ministerio ordenado (sacerdotes y obispos) y se les reconoció a todos los fieles la posibilidad de reflexionar teológicamente.

A ello se sumó la libertad política de los fieles en relación con el pensamiento institucional eclesiástico, y el reconocimiento de la diversidad y la pluralidad política con la única condición de garantizar “el bien común”.

En lo interno, pero a la vista de todos, el Concilio impulsó cambios significativos en la liturgia, la incorporación de las lenguas locales en las celebraciones, la introducción de cantos y gestos más cercanos a la gente.

Con todo, el objetivo principal, fue un cambio de paradigma: pasar de una Iglesia que se miraba a sí misma a una Iglesia dispuesta a mirar a la sociedad y abierta a hacerse preguntas a partir de la realidad de las personas.

El “Papa bueno” no pudo ver culminado su propósito. Murió en **1963** antes de que terminara el Concilio, pero su sucesor Pablo VI tomó la posta y fue un firme impulsor de la iniciativa.

Un destacado a parte debe hacerse para reseñar brevemente lo que significó el Concilio Vaticano II en Latino América.

La Iglesia latinoamericana fue una de las que impulsaron con mayor fuerza las transformaciones propuestas por el Concilio. Entre el 24 de Agosto y el 6 de septiembre de **1968**, 130 obispos representantes de más de 600 diócesis de todo el continente se reunieron en la ciudad colombiana de Medellín, con el objetivo de aplicar las nuevas orientaciones del Concilio a la evangelización de América Latina. En este contexto proclamaron la “*opción por los pobres*”, así como la necesidad de comprometerse activamente en la reforma social y asumir las consecuencias de ese compromiso. Una “*teología de la liberación*” adecuó el tradicional mensaje de la Iglesia a los conflictos de la hora, y la afirmación de que la violencia ‘de abajo’ era consecuencia de la violencia ‘de arriba’ autorizó a franquear el límite, cada vez más estrecho, entre la denuncia y la acción. Desde entonces, los sacerdotes que se reunieron en el **Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo**, y los laicos que los acompañaban, militaron en las zonas más pobres, particularmente las villas de emergencia, al tiempo que el lenguaje evangélico fue haciéndose rápidamente político”.

Las principales ideas Algunas de las ideas de la Teología de la Liberación son:

- 1) La salvación cristiana no puede darse sin la liberación económica, política, social e ideológica, como signos visibles de la dignidad del hombre.
- 2) Eliminar la explotación, las faltas de oportunidades e injusticias de este mundo.
- 3) Garantizar el acceso a la educación y la salud.

- 4) La liberación como toma de conciencia ante la realidad socioeconómica latinoamericana.
- 5) La situación de la mayoría de los latinoamericanos contradice el designio histórico de Dios y la pobreza es un pecado social.
- 6) No solamente hay pecadores, hay víctimas del pecado que necesitan justicia, restauración. Todos somos pecadores, pero en concreto hay que distinguir entre víctima y victimario.
- 7) Tomar conciencia de la lucha de clases optando siempre por los pobres.
- 8) Afirmar el sistema democrático profundizando la concienciación de las masas acerca de sus verdaderos enemigos para transformar el sistema vigente.
- 9) Crear un “hombre nuevo” como condición indispensable para asegurar el éxito de la transformación social. El hombre solidario y creativo motor de la actividad humana en contraposición a la mentalidad capitalista de especulación y espíritu de lucro.
- 10) La libre aceptación de la doctrina evangélica, es decir, primeramente procurar a la persona unas condiciones de vida dignas y posteriormente su adoctrinamiento evangélico si la persona quiere.

Los antecedentes más importantes de esta Teología se encuentran en Brasil, donde a partir de 1957 comenzó en la Iglesia Católica un movimiento de Comunidades de Base que para 1964 ya era digno de ser considerado en el "Primer Plan Pastoral Nacional 1965-1970". También en Brasil Paulo Freire, un maestro del nordeste, desarrolló un nuevo método para alfabetizar mediante un proceso de concienciación. Los movimientos de estudiantes y de trabajadores de Acción Católica se fueron comprometiendo, así como importantes intelectuales católicos. Algunos cristianos empezaron a utilizar conceptos marxistas para analizar la sociedad. Richard Shaull, un misionero presbiteriano, planteó la cuestión de si la revolución tendría un significado teológico. Él y algunos jóvenes protestantes empezaron a discutir esos temas con sacerdotes dominicos e intelectuales católicos.

Conjuntamente, una inspiración para este movimiento latinoamericano fueron los sacerdotes obreros europeos. El cardenal Emmanuel Suhard, de París, había fundado la "Misión de Francia" permitiendo a algunos sacerdotes trabajar en las fábricas para acercarse al mundo obrero. El célebre dominico Jacques Loew trabajó como descargador de barcos en los muelles del puerto de Marsella, así como el sacerdote Michel Favreau, muerto en un accidente de trabajo. En 1950 se publicó el libro del abbé Godin: Francia: ¿tierra de misión? Sin embargo, los curas obreros fueron acusados de comunistas y denunciados en Roma por actividades subversivas. Eran los años en que una laica, Madeleine

Delbrêl, hacía su experiencia entre los obreros de Ivry (autora de *Nosotros, gente de la calle y El Evangelio en los barrios obreros de París*). En 1954 Pío XII pidió a todos los sacerdotes obreros que regresaran a su trabajo pastoral anterior en las diócesis o se incorporaran a sus comunidades religiosas. Los sacerdotes obreros fueron rehabilitados en 1965 después del Concilio.

La teología de la liberación se sitúa a partir del descubrimiento del pobre como el otro. En esto hay un supuesto histórico, teórico, teológico y también un supuesto religioso: los distintos acontecimientos políticos del continente (revolución cubana, la figura carismática del che Guevara, la elección del gobierno de unidad popular encarnado en Salvador Allende en Chile), epistemológicamente interesa la formulación de la teoría de la dependencia, una concepción de Dios en cuanto liberador que no acepta la opresión de su pueblo y cristianamente desde el desvelamiento del pobre. Algunas ideas principales son: la salvación cristiana no puede darse sin la liberación económica, política, social e ideológica como signos visibles de la dignidad del hombre; eliminar la pobreza, la explotación, las faltas de oportunidades e injusticias de este mundo; garantizar el acceso a la salud y educación; toma de conciencia ante la realidad socioeconómica latinoamericana; reflexión sobre el sí mismo para estimular una actitud creativa en beneficio propio y social; la situación actual en América Latina es una contradicción al designio de Dios y la pobreza es un pecado social; además del pecado están las víctimas del pecado; tomar conciencia de la lucha de clases optando siempre por los pobres; afirmar el sistema democrático profundizando la concientización de las masas para transformar el sistema vigente; crear un hombre nuevo como condición necesaria para asegurar la transformación social; y la libre aceptación de la doctrina evangélica.

Sin embargo, la predica que proponía la Teología de la Liberación significaba no solo un desafío a los sectores más conservadores de la Iglesia Católica, sino que también era un elemento potenciador de los movimientos sociales y políticos que buscaban revertir las políticas coloniales y neocoloniales en América Latina.

En el entretanto ocurría algo como un golpe dentro de la jerarquía católica latinoamericana. Después de la conferencia de Medellín las nuevas ideas pastorales y teológicas se extendieron rápidamente por todo el continente. Cada año cientos de sacerdotes y hermanas asistían a los cursos de entrenamiento del CELAM. La actitud general de cues-

tionamiento posterior al concilio condujo a veces a confrontaciones públicas entre grupos de sacerdotes y los obispos. Era inevitable la reacción de la jerarquía.

En paralelo, y al son de las dictaduras latinoamericanas que fueron surgiendo en América Latina, las políticas sociales y eclesiológicas de la Teología de la Liberación fueron tildadas de marxistas y subversivas con lo cual se dio luz verde a la represión directa e indirecta de los sectores de la Iglesia Católica que se identificaban con esta opción por los pobres.

A modo de conclusión, y a la luz de los hechos podemos decir que el Concilio Vaticano II fue un hecho muy relevante del pasado y convulsionado siglo XX. Sobre todo, cuando el cambio se produce en una de las instituciones humanas más antiguas y más conservadoras de la historia. Y no solo fue ese sello reformista que en las altas esferas de la religiosidad católica produjo un cimbronazo importante. Fue también, en su legado revolucionario de la Teología de la Liberación que por medios, que algunos podrían cuestionar, buscó llevar al extremo una interpretación social de las escrituras cristianas.

Luciano Lanare

Coordinador

Departamento de Historia de las Relaciones Internacionales

IRI - UNLP

Bibliografía

- Alberigo, Giuseppe: *Breve storia del concilio Vaticano II (1959–1965)*, Bologna 2005.

- Berryman, Phillip. 1989. *Teología de la liberación: Los hechos esenciales en torno al movimiento revolucionario en América Latina y otros lugares*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- Boff, Leonardo *Desde el lugar del pobre* 1989. 'Ediciones Paulinas, Bogotá.